

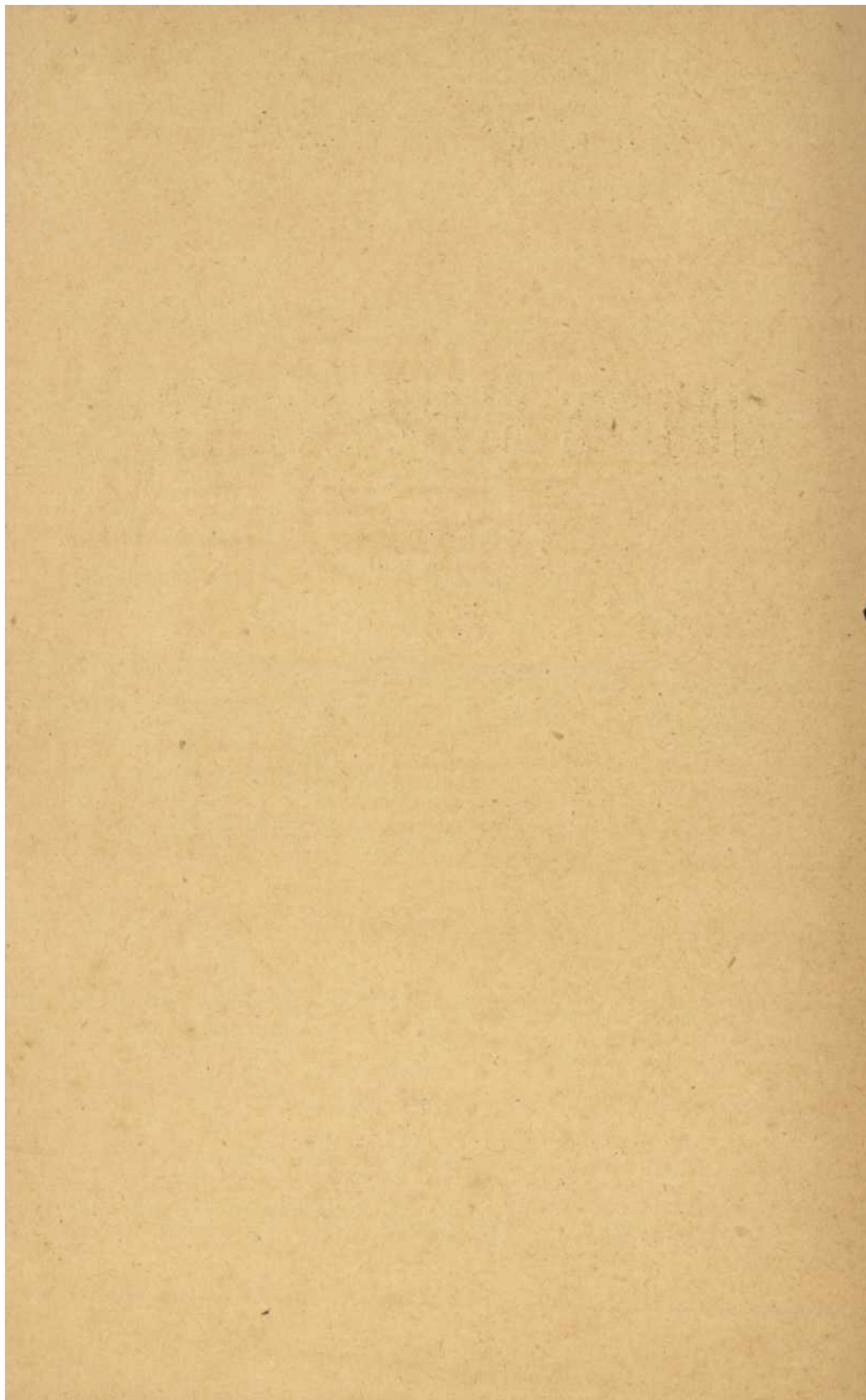
CONSTANCIO BERNALDO DE QUIRÓS

FIGURAS DELINCUENTES

CON OCHO REPRODUCCIONES
DE ANTIGUOS ROLLOS JURISDICCIONALES

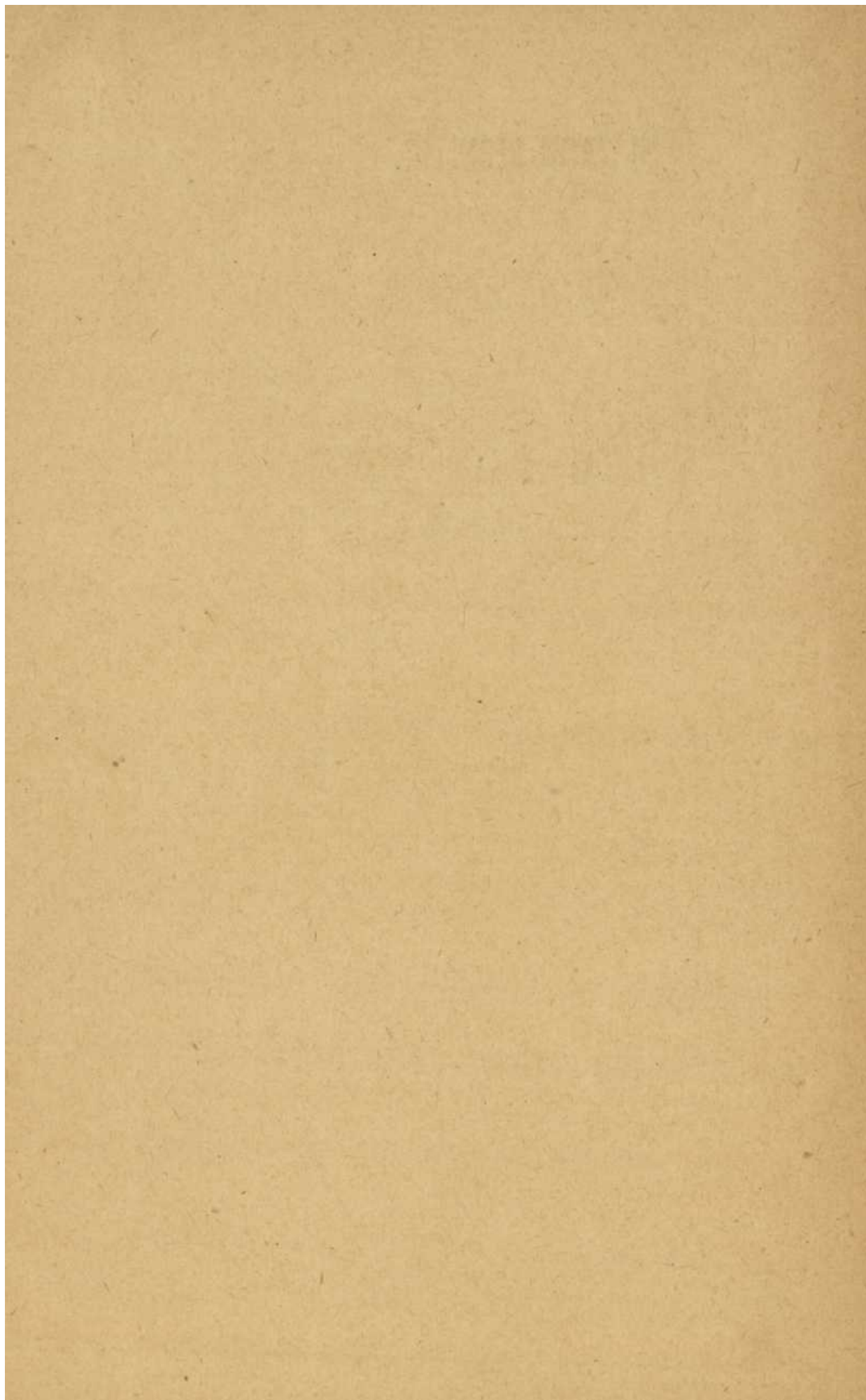


MADRID
CENTRO EDITORIAL DE GÓNGORA
CALLE DE SAN BERNARDO, 43



C. Bernaldo de Quirós

FIGURAS DELINCUENTES



N-500009969

A-A
7252

CONSTANCIO BERNALDO DE QUIRÓS

FIGURAS DELINCUENTES

CON OCHO REPRODUCCIONES
DE ANTIGUOS ROLLOS JURISDICCIONALES



MADRID
CENTRO EDITORIAL DE GÓNGORA
CALLE DE SAN BERNARDO, 43

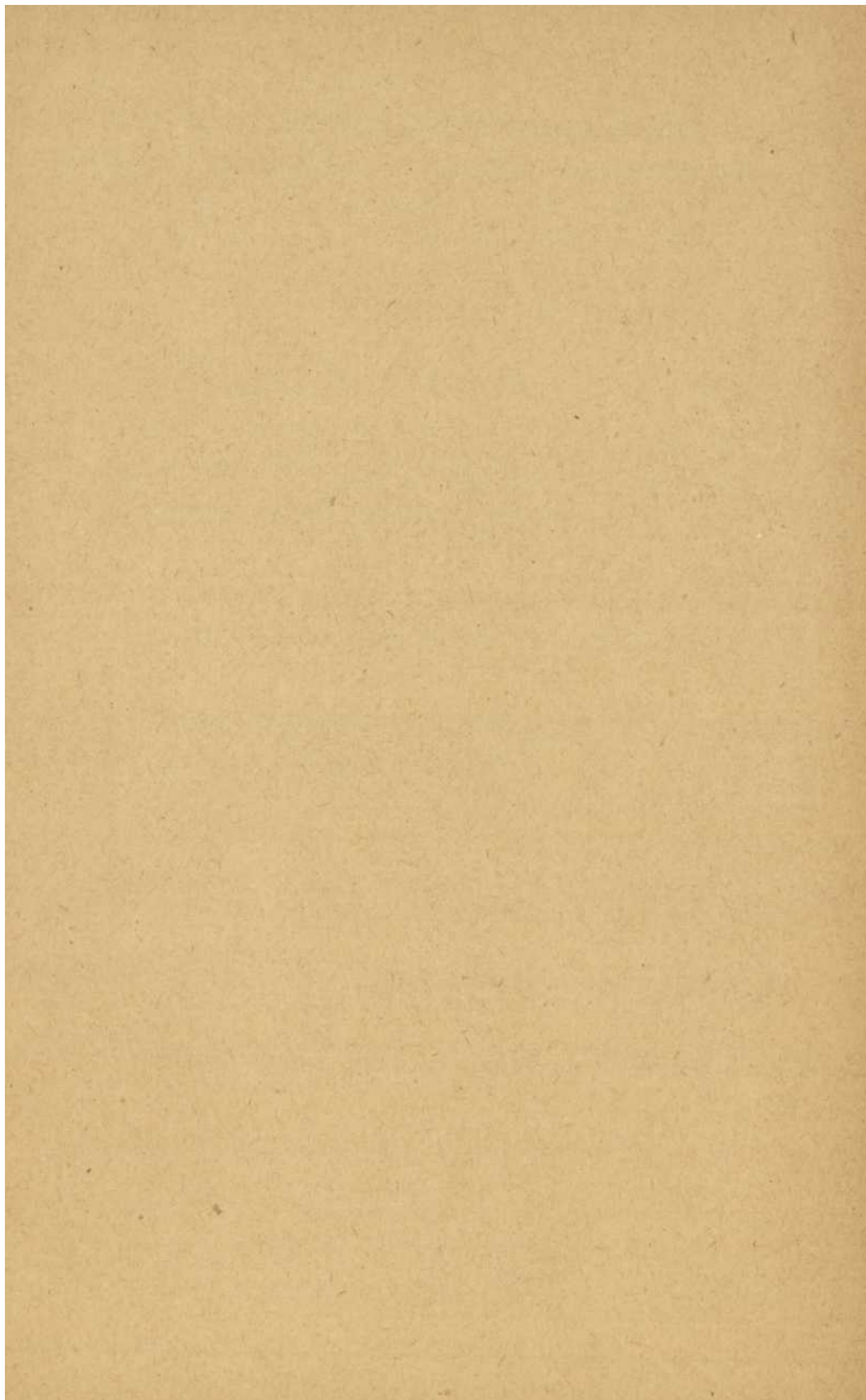
IMPRESA DE J. GÓNGORA ÁLVAREZ
SAN BERNARDO, 85. MADRID

Al Sr.

D. Adolfo Posada,

con toda gratitud y respeto.





FIGURAS DELINCUENTES

«..... ¿Pensáis, discípulos, que hay acaso más agua en los cuatro grandes mares que las lágrimas que habéis vertido los hombres, atormentados siempre por el ansia de nuevo nacimiento y nueva muerte, reuniéndoos con el no deseado, separándoos del deseado, gimiendo y llorando siempre?.....»

BUDA, *Discursos*.

— «¡Ay de mí! ¡Cuántas lágrimas! ¡Si supieses los océanos que llenan!»

— «¿Mías acaso?»

— «Vuestras.»

— «¿Quiénes?»

— «Los millones de millones, las miriadas de miriadas, la tierra populosa, la tierra despoblada, el infierno colmado, de que es germen tu pecho.»

BYRON, *Cain*.

Contiene este libro tres series de pequeños estudios:

*
* *

La primera es una corta galería de antiguas

figuras delincuentes de triste recordación, consideradas, creo que por primera vez—salvo, en parte, Garayo—desde el punto de vista de la Antropología criminal de hoy.

No obstante su brevedad, esta serie desenvuelve cromáticamente—permítasenos la frase—el espectro, si no de toda la criminalidad, al menos de la criminalidad natural, aceptando el nombre, no exento de lícitas censuras, que le dió Garofalo. Los delitos de codicia, de sangre, de lascivia—los tres colores fundamentales: el rojo, el amarillo y el azul, como si dijéramos—están representados en ella, dispuestos de manera que dan los colores mixtos en su matiz más definido (1).

Así, en CANDELAS aparece el ladrón que estima como honor suyo ser tal ladrón no más, sin liga de asesino. En LOS HERMANOS MARINA—sin perjuicio de una probabilidad remota de error judicial—se mezclan, en cada una de las dos in-

(1) Garofalo, como es sabido, limita el delito natural á la ofensa á los sentimientos altruístas fundamentales de *piedad* y *probidad*. La delincuencia sexual, en sí misma, no sería, pues, *natural*, según esa fórmula. Pero en su última clasificación de los delincuentes, este mismo autor parece rectificarse, añadiendo los *clínicos* (reos sexuales) á los *asesinos*, los *ladrones* y los *violentos*.

dividualidades, el ladrón con el asesino, dando el tipo violento indiferenciado de que hablan los autores. El asesino frío, ajeno á todo móvil de codicias ajenas—el reverso, por consiguiente, de un Candelas,—está en PEDRO CORBACHO. Inmediatamente después, sigue el asesino sádico, en quien el gusto sanguinario se mezcla con el instinto sexual: GARAYO, EL SACAMANTECAS. Una forma femenina más atenuada de esta asociación, tendiendo ya á disolverse, se ofrece en el caso legendario de LA SERRANA SALTEADORA. Por último, el motivo sexual queda ya aislado en LAS BRUJAS DE ZUGARRAMURDI. Acaso se combina, tan sólo, en una mínima porporción con el instinto de rebeldía.

* * *

La segunda serie comprende diversas notas de Antropología criminal, unas de observación personal, otras de crítica.

* * *

Finalmente, la tercera reúne algunos temas de Antropología y de Derecho, á saber: una nota sobre la creación de una cédula personal de identidad, otra de prehistoria hispánica, y un estudio final, conteniendo algunas adiciones y

rectificaciones á nuestro libro *La Picota*, publicado á fines de 1907.



Las tres series—salvo, en parte, la última—
tienen tal homogeneidad que las permite llevar
un solo nombre. También la picota viene á ser
una figura delincuente, si no en carne y hueso,
en dura piedra.

FIGURAS DELINCUENTES

Luis Candelas

I

De cuantos ladrones haya producido la coronada villa de Madrid desde que hay memoria de ellos, ninguno tan nombrado admirativamente como Luis Candelas Cagigal, no tanto porque antes ni después de él ninguno le haya igualado, cuanto por haber desenvuelto su brevísima vida en los años del primer tercio del siglo XIX, que vienen á ser para la España actual, sucesora del antiguo régimen, infancia ya alejada, en la cual, como en la infancia de cada uno de nosotros, los recuerdos toman, por un espejismo del alma, un brillo, un relieve, una intensidad, que nos parece no hallar en los días que corren.

Al siguiente del desdichado 6 de Noviembre de 1837, en el cual la llamada justicia de los hombres extinguió la vida de un semejante extraviado, probablemente la crónica de sus robos y la de la expiación de ellos fué cantada en las calles y plazas de la Villa por los ciegos copleros de la vieja Hermandad mendicativa que durante

luengos años fué nuestro primer *Archivo de Criminología*, en virtud de la costumbre por la cual la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, cuando fallaba alguna causa célebre ó condenaba algún criminal famoso, ordenaba insertar en la sentencia la cláusula de que se pasase extracto del proceso al hermano mayor de la Cofradía de los ciegos, para utilizarle en la composición de algún ejemplar romance.

Pocos años después, en 1844, la figura de Candelas, ya embellecida, aparece en una novela de Martínez Villergas, de esas que con el título de *Los Misterios de Madrid*, se publican de tiempo en tiempo desde entonces hasta la que últimamente nos acaba de dar *España Nueva*. Conviértese luego en personaje principal en otras novelas populares; pasa al teatro, llega hasta el género elemental de las aleluyas, y aun hoy, á cien años de distancia, inspira á un tan elegante poeta como es, en prosa y verso, Pedro de Répide:

Arroyo de Embajadores,
caminito del Canal,
caballero en una jaca,
viene un majo muy galán.....

II

Luis Candelas nació en Madrid en 1808, según resulta de su declaración en el último proceso. Era contemporáneo, por consiguiente, de D. José de Espronceda (1808-1842), á quien acabamos de

conmemorar en el primer centenario de su nacimiento. Y estas dos vidas divergentes, pero análogas en la brevedad intensa, acaso alguna vez supieron la una de la otra. Ciertos pasajes bellísimos de *El Diablo Mundo*—el de la cárcel, el de la taberna, el del robo, el de la mancebía—¿no son acaso el mejor fondo para que resalte la figura de Candelas? Y la *Canción del reo de muerte*, ¿no pudo ser escrita para él, con ocasión de su largo suplicio en las cuarenta y ocho horas de capilla á que la antigua práctica penitenciaria sometía entonces, entre la lúgubre cantinela de la *Salve que cantan los presos*?

El niño se convirtió muy pronto en malhechor. A los quince años aparece encausado por sospechoso, vagando por la plaza de Santa Cruz. Dos años después, las sospechas se acentúan, hallado con gentes perdidas en el lugar de vicio infame que por entonces era el llamado Campo del Moro.

¿Obraba bajo la acción de alguna directa herencia criminal ó de una educación familiar pervertida? Parece que, por el contrario, la herencia y la educación paternas procuraron inútilmente enmendar precoces inclinaciones á una vida viciosa, la «vida del hombre malo», que ya circulaba en los pliegos de aleluyas de la época (que el año 1836 ya eran viejos, lo demuestra un texto del *Semanario Pintoresco* de esta fecha). En este sentido, puede decirse de él que fué un criminal nato; porque le determinaron enteramente

al delito causas endógenas, entre las que sobresale el amor del placer y la riqueza, ó del lujo, más bien, que no podía satisfacer de otro modo él, pobre artesano carpintero.

III

Pero este criminal nato sólo lo era en uno de los aspectos de la moral social, á saber: el respeto de la propiedad ajena, igualmente desdeñada que la propia, lo que quiere decir que era ladrón entera y exclusivamente. Jamás derramó la sangre humana y aun procuró siempre atenuar los sufrimientos personales en sus violentas y osadas empresas.

Así, en el robo de la modista de la Reina, es original y elegante su actitud, colocando una almohada bajo la cabeza de la víctima, maniatada en el pavimento.

Su caso es un ejemplo acusado de lo que algunos llaman «daltonismo moral», estableciendo una correspondencia entre las anomalías visuales y las morales. A la manera que hay una ceguera parcial para ciertos colores («daltonismo», del nombre del Doctor Dalton, que la descubrió en sí mismo, aunque ya antes la había descrito el gran Schiller), así también hay un defecto para la percepción, ó, más bien, el sentimiento de los aspectos diversos de la moral. Ciertos criminales, como en el caso de Candelas, son exclusivamente ladrones y no podrían matar jamás;

otros, por el contrario, son asesinos tipos, que se rebelan ante la idea del robo. Mientras otros, más semejantes á los ciegos para todos los colores (acromatópsicos), roban, matan, estupran indistintamente.

Candelas conocía muy bien su cualidad y se enorgullecía de ella, como todos estimamos cada una de nuestras dotes.

Sentenciado á muerte bajo el rigor con que la Ley de 1821 pretendía extinguir los robos en cuadrilla, sus últimas palabras al público que presencié la ejecución fueron, sobre poco más ó menos, éstas: «Voy á morir, confieso que he delinquido; pero llevo el consuelo de que mis manos jamás se han manchado en sangre humana. Deseo que mi patria sea libre y feliz».

Olvidámonos decir que Candelas tenía, además, una moral política. Fué liberal de acción en algún momento episódico.

IV

Estos rasgos constituyen su simpatía, acentuada por los caracteres físicos, la mímica, el porte, las actitudes, que hacen de él un verdadero Raffles de otros tiempos.

En la serie de brevísimos é incompletos retratos hablados que los testigos y las víctimas hacen de él en su último proceso, destaca tan sólo un estigma atípico: la ausencia de bigote y barba, frecuente en los criminales. En esta cara

lampiña, ancha, brillaban grandes ojos profundos. El retrato que aparece en *Los Misterios de Madrid*, de Martínez Villergas, se asocia bien con aquellas declaraciones. Es el mismo que figura en la *Colección de procesos* de Vicente y Caravantes. En cambio, el tipo está completamente cambiado en el que dan las ediciones más populares de la vida de Candelas. El ladrón madrileño, bajo, robusto, punto menos que hercúleo, lampiño y cariancho, es aquí un bandido romántico andaluz, esbelto, de caderas estrechas, con patillas de boca de hacha.

V

La banda era numerosa y compacta. Dirigida por Candelas, Mariano Balseiro y Francisco Villena (*Paco el Sastre*), tenían en ella papeles principales.

La figura de este último bandido, doctor en evasiones, es de un relieve singular que compite, en ciertos aspectos, con la del mismo Candelas. Muerto ya éste, él fué quien organizó, tras una de sus hábiles fugas, el habilísimo secuestro de los hijos del Marqués de Gaviria (27 de Abril de 1839), en la salvaje depresión de la Pedriza de Manzanares que llaman la Dehesilla, bajo el Canto del Tolmo, el mayor de los cantos desprendidos de toda la serranía del Guadarrama. Quien conozca la cordillera, dirá si hay sitio más escondido y agreste en toda ella.

¡Diminutas figurillas humanas de los dos tiernos niños, salvados al fin, cómo harían resaltar la soledad y grandeza del adusto paisaje!

Vivían una vida de pasión entre las profundidades sociales, sin duda más repugnantes y vergonzosas que hoy, superficialmente mejoradas por el transcurso de cien años de marcha evolutiva. La mancebía y la taberna, más oscuras y hediondas; la jerga más grosera y brutal. Y con todo, á veces, la jerga, el caló, según canta sentidamente M. Machado:

el caló,
poesía de Germanía,
es poesía,
por las gentes despreciada todavía.

Y la taberna y la mancebía vieron rasgos de caballerosidad y nobleza de aquellos mismos que después organizaban las agresiones astutas ó audaces que están aún en la memoria de todos.

Pero algunas de las que transmite la tradición como más originales—el robo del salchichero, el del tonto disfrazado de obispo, etc.—parecen apócrifas y empequeñecen con rasgos infantiles la figura de Candelas, según hace notar Martínez Villergas, que—en cambio—la falsea cuando pone en sus labios el Han de Islandia.

VI

Candelas se perdió por el amor de una mujer,

como uno de esos destinos malogrados que lamentan los cantares.

Una interesante figura femenina domina la última parte de su drama, siendo la «mujer fatal» inevitable. Es una huérfana, en la primera juventud, de nombre María. Quizá amó á Candelas ignorante de su personalidad, seducida por su atracción sugestiva.

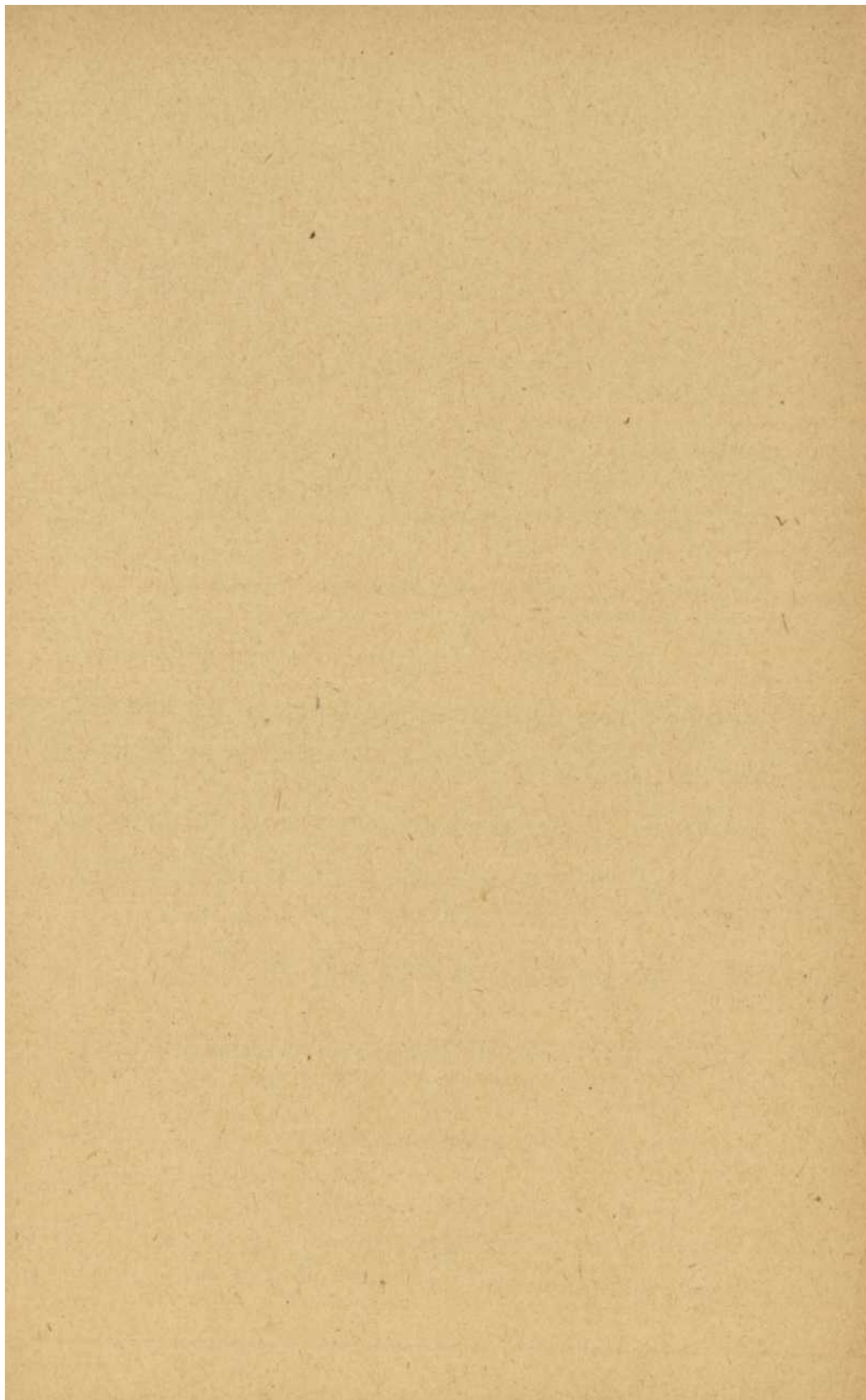
Al saberla del todo, después del escandaloso robo de la modista de la Reina, María le siguió en la huída, pero rehusó acompañarle más allá de España, ¡pobre alma tranquila y tímida! Luis Candelas, desandando muchas leguas de camino, volvió á traerla á Madrid y fué preso en el regreso.

De María, que fué condenada como cómplice, se sabe, según la crónica de Vicente y Caravantes, que mereció ser indultada por la bondad de su conducta, y que su vida se extinguió obscuramente después de una única llama apasionada.

Pedro de Répide, en una de sus crónicas de *El Liberal*, ha evocado el recuerdo de esos amores, refiriendo la historia de la *Casa Puerta*, de señoriales recuerdos, que se encuentra al término del paseo de Embajadores, cercana ya á la China.

Puesto ya el pie sobre el tablado, vestido como para una boda, con sus mejores galas, bajo la horrible hopa amarilla, antes y después de la brevísima oración que hemos recordado, podríamos suponer que Candelas llevó la mirada de sus

hermosos ojos á lo largo de la corriente del río hasta el lugar en que la Casa Puerta conserva aún hoy el albergue de su querida, si el gran Dostoyusky no nos enseñara que, bajo la acción de una estupidez final, el reo tiene otros insignificantes y absurdos pensamientos en los supremos instantes: «Aquel espectador tiene una verruga en la nariz, le falta un botón al verdugo en el chaleco».



Los hermanos Marina

I

Desde San Juan del Monte, en tierra de Burgos, habían llegado hasta Madrid, Dios sabe tras cual éxodo trabajoso, y obtenían del servicio doméstico el pan y la sal—«salario»—que mantenían sus pobres vidas.

Ella, Clara Marina, con un nombre propio para una bella historia, tenía una fisonomía repulsiva. El esqueleto, la musculatura, el color, contribuían á esta impresión desgraciada, que también producía el hermano, Antonic.

En Octubre de 1849, servían en la calle de la Montera, núms. 56 y 58, una casa derribada hoy, que tuvo al parecer en su historia—reverso del recuerdo trágico de un crimen,—el del glorioso nacimiento de Adelina Patti. Los hermanos Marina servían en uno de los pisos á cierto sastre llamado Lafuente, cuando he aquí que una noche, la sexta de aquel mes, tras grande alarma, hallósele á éste degollado en el pasillo de la habitación. En el patio yacía también, muerto, un desconocido, á quien momentos antes algún vecino vió precipitado desde un piso superior. Y los hermanos Marina, Clara y Antonio, estaban

manchados de sangre, confusos, diciéndose sorprendidos por ladrones desconocidos, que no pudo hallar nadie.

II

Bajo la acusación de indicios calificados, siguióseles proceso que, llevado con extremada rapidez, condujo á fines del mismo Octubre al desenlace.

Condenados á muerte, fueron ejecutados el día 31. Antonio, encerrado en el hosco mundo interior que traducía su ceño fruncido, su huraña mirada, murió sin hablar. Clara, dícese que confesó haber delinquido, á última hora.

Días después, volvió á añadirse un nuevo indicio que disminuía las probabilidades de un funesto error judicial. Identificado el cadáver del desconocido hallado en el patio, resultó habersele conocido amigo de los hermanos ejecutados.

III

Lo que pasó, nadie lo puede saber y quedará por siempre ignorado. Lo más probable y verosímil, dadas las circunstancias del hecho, fué esto:

La codicia campesina, atormentando el alma de aquellos dos desarraigados; los malos pensamientos asaltándolos despiertos y dormidos, solos ó frente á frente, callados en silencios largos. Hasta que un día, de improviso, hizo Clara la

insinuación; ella, que demostró en todo el curso del proceso ser la figura principal en la pareja formada con su hermano. Casi seguro es que la proposición de robo surgió asociada naturalmente con la de asesinato del amo.

Las dos naturalezas atávicas no podían concebir otro procedimiento. Pero Clara, conociendo tal vez la debilidad para la acción que ocultaba Antonio, asoció á un tercero en el plan. ¿Acaso este tercero, paisano de los Marina, era el amante de Clara, entrada ya en los treinta años?

La ejecución tuvo una desviación impensada. Antonio y el desconocido caerían sobre el desgraciado Lafuente, apenas hubo penetrado en su domicilio. Clara, la voluntad, estaba quieta; en tanto los elementos de la acción, hacían. Pero, al iniciarse el despojo, la codicia que los había unido, los separa. La asociación de los hermanos, más fuerte y antigua que la accesoria relación adventicia, sexual ó no, de Clara con el desconocido, se rehace instantáneamente, desprendiéndose de este agregado, en quien, á la vez, se da la misma desasociación por egoísmo individual. La disputa, la lucha con la intensidad de la excitación del crimen, aun no apagada. Herido ya en la garganta, Clara y Antonio juntan sus esfuerzos y lanzan al auxiliar convertido en rival, por la ventana. Esta escena de defenestración, termina el drama.

IV

El Consejo de Sanidad, con una intuición de Antropología criminal, demandó los cráneos de los hermanos Marina, que las autoridades judiciales le concedieron tres años antes de caer en cuenta de que «no puede resultar ningún beneficio á la Humanidad» del estudio de «la disposición orgánica» de los delincuentes, según texto de la Orden de 7 de Febrero de 1852, firmada por el Ministro Ventura González Romero, para justificar el último impulso de vindicta que hizo quemar el cadáver del cura Merino y esparcir sus cenizas en la fosa de todos, lo mismo que, días después de su atentado, se dió orden de reducir á limaduras el arma que había hecho ironía del principio, según el cual, la persona del Rey es sagrada é inviolable.

No hemos hallado estos cráneos donde los buscábamos. Quizá se han confundido, volviendo al anónimo, entre la multitud de los coleccionados en los gabinetes de la Facultad de Medicina ó del Museo Velasco. Allí, declarando mal su condición á través de sus rasgos: «Como quiera se vive», parecerán decir, igual que todos. Última filosofía que enseñan los viejos cráneos.

Los Gorbachos

I

En aquel tiempo, la idea de la asociación defensiva de los trabajadores contra las explotaciones de los patronos, penetraba en la triste Andalucía, tendiendo á revestir por primera vez formas legales y lícitas, que la apartaban de los medios de defensa desviados—el bandolerismo y las sociedades secretas—á que el pueblo recurrió antes. Datan de entonces algunas coplas que añaden este motivo nuevo á los temas del amor y de la muerte, que dominan en completa obsesión el cancionero:

Todas las niñas bonitas
tienen en casa un letrado
con letras de oro, que dicen:
Por un asociado muero.

La pregunté á mi morena
que porqué me despreciaba,
y me contestó, serena,
que en la asociación entrara.

Y la apasionada raza del Sur, en el primer impulso vehemente, señaló con algunos crímenes sangrientos este nuevo deseo de su alma.

II

Eran muchos los que en la cárcel de Jerez de la Frontera aguardaban la hora del juicio por estos hechos. «Entre todos—decía el inteligente corresponsal que *El Día* había enviado—entre todos se notan, por la limpieza de la ropa y la distinción del tipo, los hermanos Corbacho, uno sobre todo. Pasará de los treinta y no llega á los cuarenta; es alto, delgado, nervioso, de nariz aguileña, de ojos expresivos, de boca rasgada, cuyos labios se entreabren dejando ver una dentadura blanquísima; á su color moreno da una palidez amarillenta la fiebre que no le deja desde que está preso; viste como los hombres del campo de Andalucía, y ejerce—lo mismo que su hermano—una especie de superioridad sobre todo lo que los rodea».

Los Corbachos, Francisco y Pedro, descendían de un labrador acomodado de la tierra, y habían padecido una historia triste que alimentaba sus deseos de revancha. Atribuyóse á ambos el gobierno de la masa asociada trabajadora en uno de los núcleos del distrito rural del Valle; pero á su vez, era Pedro quien dominaba sobre Francisco en la pareja que formaban, produciendo, como sucede siempre en toda asociación, desde la más simple á la más compleja, una sola figura psicológica. Con todo, Francisco era mayor en edad y aun en dignidad en la organización social, como presidente, que, según se dijo,

era. Pedro le seguía, como vicepresidente; pero en este caso, según sucede de ordinario, la primera figura decorativa era manejada por la segunda. «Carácter verdadero de jefe», como le definió en su oración el Fiscal que le acusaba, acudían desde muchas leguas alrededor los jornaleros del campo á conocerle; y reconocida por todos su superioridad sobre Francisco, para que sobreviviera él, hubo entre los numerosos procesados por el asesinato del Blanco de Benaocaz una especie de convenio durante la instrucción del sumario, atribuyendo á Francisco la orden del delito. El mismo Francisco aceptó esta solución, y quizá la insinuó, si no se la sugirió Pedro. El uno era la abnegación, el otro la voluntad de vivir, sintiéndose con derecho á todo.

III

El crimen, cambiante de colores según se le mira, unas veces parece una venganza ó una conveniencia familiar; otras, una eliminación fundada en un motivo de ideal social infringido.

La deuda de los Corbachos con el Blanco, la injuria inferida por éste á una mujer de la familia de aquéllos, le dan apariencia de lo primero; pero tampoco se ha de olvidar la rigidez de la regla moral en el período naciente de los movimientos de reformas sociales. El Blanco de Benaocaz pudo suscitar con la desviación de su conducta la implacable censura que le condena-

ba á ser suprimido en un estado de espíritu draconiano. Cuando menos, el espejismo de este ideal duro de justicia, dióse como explicación en las conciencias torpes, dominadas por Pedro Corbacho con empírico y seguro conocimiento de las leyes psicológicas de los suyos. Primero, las palabras de muerte desprendidas de sus labios; después, la orden escrita, sellada. Era una forma de su voluntad, que halló natural y espontáneamente á su servicio la contracción muscular del brazo de los dos compañeros más jóvenes que se encontraran, según la orden quería, presentes.

Fué obedecido como un rey. Gonzalo Benítez Alvarez, de veinte años; Rafael Jiménez Becerra, de veintidós, pero de tan marcado infantilismo que apenas acusaba quince, marcharon en un automatismo completo á ejecutar la sentencia de muerte venida de lejos.

El hecho puede recordar el «delito del mandarín», imaginado por Rousseau para probar la flaqueza humana. «Si para heredar al rico á quien jamás se hubiera visto, de quien nunca se oyera hablar y que viviera en el rincón más apartado de la China, bastara oprimir un botón que le hiciera morir, ¿cuál de nosotros no le oprimiría?» Pero el Blanco de Benaocaz no era el antípoda desconocido para Corbacho; de suerte que la naturaleza general criminaloide de los hombres se agrava en él casi hasta llegar á la rara variedad del asesino frío, de savia verde

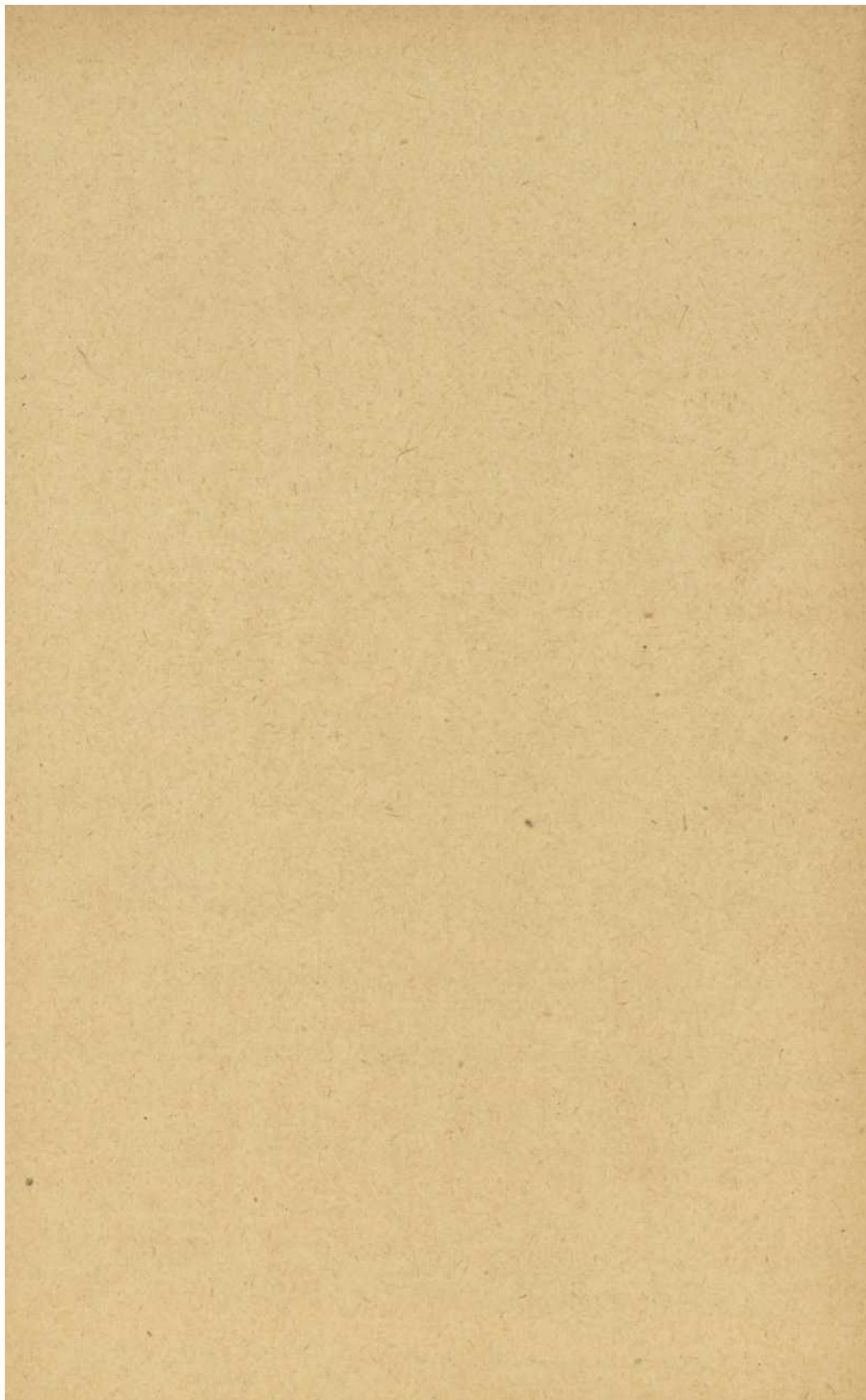
viscosa en lugar de roja sangre, que mataría, sin golpes y sin ruido, mediante la tranquila imposición de las manos.

IV

Y este fué el principal de los procesos que en 1883 conmovieron á España con la medrosa visión de una *Mano Negra* de implacable amenaza contra los poderosos, cuya huella primera parece hallarse en la sociedad de los «Pobres honrados contra los ricos tiranos», de que se habla en un proceso instruído hacia 1878 por el Juez Fajano.

Existen motivos para sospechar, como públicamente se ha dicho, fuera de España sobre todo (Clemenceau, Jaurés, etc.), que aquella pesadilla de la *Mano Negra* fué una invención gubernativa para ahogar el movimiento societario naciente en Andalucía. Mas este movimiento no pereció—tales son sus alientos—y el exceso de represión mantuvo años y años el sentimiento de las represalias. La loca tentativa del asalto de Jerez por los jornaleros en la noche del 9 de Enero de 1892, fué una vibración de aquella onda de odio que partió entonces y se difundió por la tierra andaluza de tan dorada leyenda como historia diaria de tristeza y de miseria, según nos dice el andaluz Juan Héctor.

¿Se habrá extinguido ya, se habrá resuelto en otros sentimientos superiores?



Garayo, el Sacamantecas

I

Fué en una tierra tranquila y sencilla, en la comarca alavesa, que quizá nunca ha dado otro ejemplar extraordinario de psicología criminal y que suministra en la delincuencia de sangre cifras que la colocan en la mitad inferior de la serie de las cuarenta y nueve provincias, donde realizó su devastación sangrienta—seis mujeres violadas, previa estrangulación ó desgarramiento—este monstruo rarísimo, en quien la rara anomalía de la crueldad lasciva (sadismo, algolagnia) se asociaba con la no menos rara del amor de los cadáveres (necrofilia).

Diez años enteros, desde 1870 á 1879, duró esta gesta terrible, en la cual se produjeron además otros cuatro atentados frustrados. Tras la fuga de uno de los más sangrientamente rematados, al entrar á servir á un labrador lejano, una niña pequeña le señaló, sin haberle visto nunca: «¡Oh, qué cara, parece el *Sacamantecas!*» Y fué prendido.

Es un buen caso que añadir á la serie que refiere César Lombroso, queriendo probar la conciencia instintiva que tienen los niños del

tipo delincuente. (*Hombre criminal*, segunda edición francesa, tomo II, pág. 256).

II

Era un macho brutal, marcado con profundos estigmas atávicos y atípicos. La frente hace recordar, tal como la describen los que la vieron, la calvaria de Neanderthal, uno de los más antiguos tipos humanos conocidos; tosca y dura obra de la Naturaleza empezando á hacer al hombre. Las mandíbulas eran enormes, como en las fieras. El rostro presentaba grandes asimetrías.

Había sido sano, sobrio, ejemplar, tanto como duró su primer matrimonio: trece años enteros. Casado después, dos, tres, hasta cuatro veces, halló malas mujeres en sus compañeras. Y desde la muerte de la segunda, comenzó la serie de sus atentados, sin que nadie sospechara de él, por sus antecedentes y por lo laborioso de su vida.

III

El primer hecho ocurre de este modo. 1870. Un día de Marzo, en el campo. Una vieja prostituta, de las que merodean como lobas en las afueras de las ciudades. Garayo se acerca; tratan. Pero en el precio de la prostitución surge la disputa. Él la derriba, la estrangula; después

la desnuda y la viola. La contempla un momento; huye.

El segundo es casi enteramente igual. Sobreviene al llegar de nuevo Marzo (1871). La víctima es otra mujer, aún más vieja, que discutió con él el precio de su carne.

En el tercero, hay alguna diferencia. El año ha corrido hasta Agosto (1872). Una muchacha muy desarrollada, de trece años, pasa junto á él. Sin hablar palabra, la coge, se aparta del camino, la estrangula, la viola. Días después, el cuarto crimen, que participa de las dos formas anteriores y al que se añade un carácter nuevo. La víctima no es una vieja, pero sí una joven que se prostituye. Tras la contemplación del cuerpo muerto, que sigue á la violación en todos los casos, hay una nueva reacción criminal. Le quita una horquilla del peinado y la hiere con ella en el pecho.

Cuando al año siguiente vuelve Agosto (1873), una agresión frustrada en una prostituta.

En Junio de 1874, otra frustración en una vieja mendiga.

La impulsión se aplaca hasta 1878. En Noviembre, otra frustración más; también es una anciana.

Llega Agosto de 1879. La impulsión ha vuelto á regularizarse. Primero, un golpe en vago, en una mendiga vieja. Días después, ya en Septiembre, crimen consumado. Asalto á una joven de veinticinco años, alta, robusta; luchando, la

hiere en el pecho; la sigue hiriendo, después de violada. Pasados dos días, el crimen final. La víctima es una mujer de cincuenta y dos años, con la cual se ha refugiado bajo un árbol, mientras llovía. Al exponerla sus deseos, ella le rechaza duramente. Derribada en tierra, la estrangula con una cuerda, la desnuda é intenta violarla. Después la hiere en el pecho y en el vientre, y le arranca con las manos alguna víscera.

IV

Tenía él, Díaz de Garayo, una mala herencia orgánica. Su madre padeció neurosis graves y se embriagaba; su padre vivió también entregado al vino y murió apoplético. Además, el paso á la senilidad, fué precedido para él de una irregularización total de su vida, ocasionada por sus desventuras conyugales.

Entonces pudo sorprender en sí, según declaró en el sumario, el hecho extraño de experimentar poluciones á la vista de los cadáveres. ¿Revivía quizá en él, cíclicamente, en la descomposición mental de la senilidad, alguna antigua memoria erótica olvidada de los tiempos de la crisis de la pubertad, algún pasado episodio que relacionó de una manera absurda, pero inevitable ya en su espíritu, la vista de la hembra muerta con el impulso sexual, obrando sobre los centros que presiden á la eyaculación? ¿Acaso en un renacimiento tardío de su sexualidad

viciosa, se produjo entonces por primera vez esta asociación, sistematizándole, en tiempos periódicos, en el fetichismo emocional de la voluptuosidad de la necrofilia? Como esta explicación reciente de las aberraciones sexuales aún no se había imaginado, nadie cuidó de tal investigación interesantísima. No obstante lo reciente del suceso, y apesar de los estudios de Esquerdo y de Sánchez, Garayo aparece hartopoco estudiado ante las exigencias actuales.

Como quiera que sea—adquirida en la pubertad ó en la edad senil—él no cultivó su anomalía, convirtiéndose en un desenterrador de cadáveres, á la manera que lo había sido Verzeni y lo fué después Ardisson últimamente. Garayo amaba la presa viva y gustaba de darla muerte. Aquí aparece, á la vez, el sádico, el algolágnico, según una nomenclatura preferible.

La lucha, la contracción muscular, los golpes y los desgarramientos sufridos,—doble algolagnia, pues, activa y pasiva,—eran elementos de su voluptuosidad, rematada con la posesión fría del cuerpo desnudo. Y el acceso, que se cerraba en los primeros atentados con la contemplación de las muertas desnudeces, más tarde, volviendo á encender la loca concupiscencia, se exacerba en un nuevo impulso sádico desesperado, equivalente de otro acto de posesión en un estado de satiriasis.

V

No menos de diez peritos forenses declararon, con el énfasis de estas palabras misteriosas, que Garayo había obrado con pleno libre albedrío, con verdadera libertad moral. Un doctor, Ramón Apráiz, daba una conferencia en el Ateneo de Vitoria, asociándose á esta opinión torpe.

Se deseaba de veras la muerte de aquel imbecil senil, en quien la Naturaleza acababa de hacer, de un modo descarado, el experimento de descubrir las correspondencias secretas entre el amor y el asesinato, y que, en tanto, encerrado en la prisión, se preocupaba casi exclusivamente de nutrirse, como para demostrar la necesidad de su conservación..... desde su punto de vista.

Fué condenado, al fin, y murió agarrotado, dejando un recuerdo que, de vez en cuando, resucita, en los campos y en las ciudades, un terror pánico.

La Serrana salteadora

I

También las sierras tienen sus sirenas. No las fantásticas náyades que viven en el fondo de los lagos profundos de las montañas, sino hembras de carne y hueso, como aquella vaquera que halló Juan Ruiz hacia el puerto carpetano de Malagosto, y á la que escuchó palabras jactanciosas:

Que por esta encontrada,
que yo tengo guardada
non pasan los omes salvos.

¡Placentera lesión la que ella y sus semejantes siguen produciendo! ¡Admiración y deseo de la Venus montés, recia y curtida, impregnada del olor de la flora silvestre de las sierras y de los ganados mansos!

Pero hubo también por algún tiempo, más allá de esos montes, hacia el Ocaso, otra sirena que fué más peligrosa. El romancero popular conserva, entre la multitud de pequeños sucesos que olvida la alta Historia, el recuerdo de la serrana salteadora de Extremadura:

Allá, en Garganta la Olla,
en la Vera de Plasencia,
salteóme una serrana
blanca, rubia, ojimorena.

Rebozada caperuza
lleva, porque así cubierta,
su rostro nadie la viese
ni della tuviera señas.....

II

Hacia el término de la que llamamos «Edad Media», la Extremadura alta daba al bandolerismo muchos de sus hijos.

Al hablar de los golfines que infestaban los montes de Toledo, el cronista contemporáneo Bernardo Desclot, decía que eran «*castellans é salagons de dins de la profunda Espanya*», y alguien, buscando la etimología de la palabra actual «golfo» en la pretérita de los «golfines» éstos, dícenos que, consultado Bofarull, «salagones» quiere decir «ribereños del Alagón, que es río de tierra de Zaragoza...» Ignoran ambos—preciso es decirlo—que Alagón se llama también otro curso castellano de agua que abre en el murallón de la Carpeto-Vetónica, entre la Sierra de Gredos y las de Francia y Gata, un paso profundo, paralelo al que antes abre río Alberche entre aquella misma Sierra de Gredos y la de Guadarrama. Y este es, en verdad, el Alagón de los golfines castellanos.

La fuerte raza extremeña hacía entonces en

ellos los primeros ensayos de agresividad que remató con toda perfección en los conquistadores americanos. El cráneo de Francisco Pizarro, estudiado en 1891 por el peruano Muniz y el yanqui Macgee, había de recordar, como recuerda, en efecto, en su estructura al de cualquiera de aquellos golfines más caracterizados, el cruel Carchena, por ejemplo.

III

Entonces, por un efecto de super-saturación agresiva, la raza pudo producir algún ejemplar femenino de este género, rarísimo en circunstancias normales, á la manera que otra raza hispana también llegó á producir el tipo, igualmente excepcional, de una monja alférez.

Todavía, á principios del siglo XIX, se señala, en tierra colindante á la que recorrió nuestra serrana—Salamanca,—un caso interesante de bandolerismo femenino. Aludimos á la cuadrilla de «*las Negras y las Manolas*», salteadoras incendiarias, dañadoras, que rara vez aceptaron la cooperación de los hombres.

Pero la anónima serrana salteadora, se diferencia bastante de Francisca Arias (*la Negra*), de su hermana, *La Morena*, de Manuela Fernández (*la Manola*) y de cualquiera de las otras condenadas en Consejo de guerra á galera, á mediados del año 1802.

En primer lugar, la serrana era una mujer

de presa solitaria. Llevaba aislada y esquivada su vida peligrosa de emboscadas.

Además, á través de los términos equívocos, del ambiguo lenguaje del romance, se trasluce que esta audaz salteadora debió ser una ladrona de hombres para el amor; ejemplar, al parecer atenuado, de la casta de seres femeninos en quienes la voluptuosidad se enreda con la crueldad más finamente asesina.

IV

Imaginemos un paisaje de sierra, una garganta honda, casi desconocida, donde sólo van á beber las águilas, que se esconden para aplacar la sed, recelosas de permanecer un instante indefensas ante el enemigo, con los altivos ojos al nivel del agua. Allí también se oculta la serrana, ahora sin la máscara protectora, mostrando la cara dura, ligeramente modificada por la expresión de las emociones de deseo que acercan, á la vez, la fase de la luna y la hora del día que declina y la llena de esa actividad peculiar, más marcada en la mujer, llamada con el nombre encantador de «inspiración nocturna».

Bajo la acción de ella, la serrana se levanta, cuando, puesto el sol tras las cumbres del Occidente, un cono enorme de sombra se ha proyectado en el valle; y, oculta la cara ya, se acerca á los caminos que trazan en la áspera sierra curvas indecisas. De improviso parécela escu-

char un cantar lejano. Poco á poco va acercándose la voz, que quizá canta una copla de amores, y que tiene, como quiera que sea, el encanto poderoso, superior á cualquiera otra voz, que la voz humana adquiere en los campos abiertos, libres.

Es un zagal adolescente, que se dirige á la majada. La serrana le acecha escondida, tras alguna piedra caballera de la linde, y, cuando le ha visto pasar, cae repentina sobre él, con los pasos quedos y elásticos, semejantes á los que dan á los felinos sus músculos de acero y el almohadillado de sus plantas.

El zagal se ha paralizado de estupor, rehuendo la ávida boca que ha visto caer sobre la suya. Largo tiempo después—que así es para el pensamiento algunos segundos—reconoce la mirada y la voz de una mujer, y comienza á aparecer en el umbral de su memoria el recuerdo de la serrana salteadora oído en la majada, entre otras extrañas consejas. Y el miedo no abandona á su inocencia.

La serrana le ha dado libertad á otro día. Su alma ha sufrido la más profunda conmoción que le reservaba la vida. Su rostro la expresa bien con caracteres hondos. Y quizá es este zagal adolescente el que luego, en las largas obsesiones del recuerdo, mientras el sol traza su curva en el cielo azul que contempla tendido junto al ganado, compuso trabajosamente el antiguo romance:

Allá, en Garganta la Olla,
en la Vera de Plasencia,
salteóme una serrana
blanca, rubia, ojimorena.

Rebozada caperuza
lleva, porque así cubierta,
su rostro nadie la viese
ni della tuviera señas.....

V

¿Es un capricho erótico imaginado por algún anónimo precursor de Sacher Masoch, amador de la feminidad agresiva, de un género masochista complicado con el fetichismo de la máscara? ¿Es una historia que tuvo una base judicial desaparecida?

Histórico ó legendario, el suceso merece recogerse.

A menudo, más cierta que la historia es la leyenda.

Las brujas de Zugarramurdi

I

En los temibles tiempos del Tribunal de la Inquisición, hace trescientos años. La aldea navarra de Zugarramurdi, dormida, como ahora, en el fondo del valle del Baztán, á la manera del poeta dormido bajo los senos de la gigante, en el hermoso soneto de Baudelaire. Disputa de comadres, descubrió, de improviso, el secreto—quizá ya sospechado—de una epidemia satanista, extensa y arraigada.

¡Cuán larga la lista de complicadas! Acaso todas las Marías de la aldea, que nunca llegó á medio millar de pobladores: María Zozaya, María Yurreteguía, María Chipia, María Juanto, María de Iriarte, María de Ezeayn, María de Echaleco, María Presoná y Marijuana de Odia; y Graciana de Barrenechea, y Beltrana Fargue, y Juana de Telechea, y también Estefanía de Iriarte. No faltaban algunos varones mezclados en el culto demoniaco: Miguel y Juan de Goyburu, Juan Sansín, Juan de Echalar, etc.

Tan sólo el nombre ha quedado de los diecinueve que juzgó el Auto de fe celebrado en Logroño en los días 6 y 7 de Noviembre de 1610.

¿Cómo eran estos varones y estas hembras? ¿Su edad, su fisonomía, su descendencia, su posición social, sus enfermedades, todo lo que restituye instantáneamente, para disolverse después, una figura, en la continua oscilación, imposible de fijar, que tiene el pasado ante nosotros?

Sobre todos estos puntos, apenas hay alguna que otra indicación en la relación del Auto de fe impresa por Juan de Mongastón en Logroño, al año siguiente del suceso, digna de las ilustraciones de Goya, y á la que á principios del siglo XIX Moratín hijo puso muy graciosas notas volterianas. Pero el estado de espíritu volteriano no basta hoy para juzgar el proceso absurdo.

II

El gran taciturno, Satanás, recibía á su grey tres noches á la semana—lunes, miércoles y viernes—en humana figura, extrañamente compenetrada con las formas del macho cabrío. «Prado del Cabrón» (*aquelarre*) era llamado por esto el lugar de las reuniones malditas.

En el paisaje irradiaba una luz pálida y clara del vértice del asta única que adorna la frente del gran triste, y hacia esta luz—más intensa que la que irradiaba la «eterna margherita», la perla eterna que una noche medioeval recibió dentro de sí á Dante y Bice; la Luna, hija de la Tierra, según la hipótesis de Jorge Darwin y de Fisher—hacia esta luz venían transportados por

la mágica unción de ciertos compuestos, hombres, mujeres y niños, convertidos á Satán todopoderoso.

De ordinario, la sesión se iniciaba con las presentaciones rituales de nuevos conversos, á quienes Satán marcaba en el iris con la figura del sapo; inmundas bestezuelas, larva de diablos, que los niños iniciados pastoreaban en tanto por los alrededores. Celebrábanse después perversos conciertos contra los enemigos, y la fiesta terminaba con un número brillante de danzas en torno á fuegos encendidos. Graciana de Barrenechea y Miguel de Goyburu, reyes del aquelarre de Zugarramurdi, dirigían la ceremonia, y Juan de Echalar servía de ejecutor de las sentencias pronunciadas disciplinariamente.

Pero otros días, las vísperas de ciertas fiestas principales del año—las tres Pascuas, Reyes, la Ascensión, Corpus Christi, Todos los Santos, Purificación, Anunciación y Natividad de Nuestra Señora, San Juan el Bautista—el rito de la misa negra se celebraba con todo su nefando aparato, y al final sobrevenía la grande orgía satánica, en la cual Satán poseía carnalmente á todos, hombres y mujeres, que después se acoplaban indistintamente entre sí en un furor erótico inextinguible.

La noche de San Juan había también un ultraje general á la Cruz y las imágenes sagradas de los templos, abiertos á deshora por el poder de Satanás; y algunas otras veces en el año, Mi-

guel de Goyburu y dos ó tres brujas ancianas, ofrecían á su señor un banquete de restos humanos desenterrados, entre los cuales el goloso prefería «los huesos menudillos de los pies, las ternillas de las narices y todos aquellos huesecillos que hay alrededor y los sesos hediondos».

El canto del gallo—«un pájaro muy de bien», como anota Moratín..... olvidando que no es pájaro—disolvía todas las reuniones; pero la obra maléfica de los satanistas continuaba de día y noche; era constante y cierta.

III

En tanto que ellos confesaban sus aberraciones, honrados vecinos de Zugarramurdi declaraban diversos encuentros con los frecuentadores del prado de Berroscoborro, aquelarre de la brujería.

No faltaría aún hoy en cualquiera aldea quien lo repitiera.

«Ahí está vivo y sano—escribe Moratín con mucho gracejo—el tío Mentirola, vecino de los Hueros, hombre honradísimo, y al cual no se le conoce otra falta sino la de cargar la mano en el vino más de lo que á varón prudente corresponde, que me ha referido muchas veces, *tacto pectore*, cómo yendo en una ocasión desde Pezuela de las Torres al Nuevo Baztán, le anocheció por aquellos páramos, y soñoliento y sudando, porque había comido muy bien en la posada

de Loranca y bebídose un zaque, determinó esperarse á que saliera el sol y esperarle durmiendo. Hizo almohada de las alforjas, en que llevaba unas cuantas libras de azafrán; durmió, roncó y á deshora de la noche le despertó un estruendo repentino de voces é instrumentos músicos que sonaba en el aire. Estregóse los ojos, se incorporó como pudo, y, alzando la vista, distinguió una multitud de sombras, á manera de cuerpos humanos, que arracimados y en cuadrilla iban cruzando por la media región. Oyó voces de hombres y risotadas y chillidos de mujeres, y sonar guitarrillos y panderetas, y entre aquella confusión diabólica llegó á percibir este cantar, que traslado fielmente de su boca á mi pluma:

«Cuatro somos de Arganda,
tres de Pozuelo,
y la Capitanita
del Lugar Nuevo.»

Si el tal Mentirola—añade Moratín—hubiese florecido en tiempo del Doctor Holguín, su declaración (que ahora no sirve de maldita de Dios la cosa), hubiera producido media docena de quemaditos más.»

IV

Hay en todo esto una confusa amalgama de realidad, de mentira y de ilusión, que no se acierta á descomponer enteramente.

La existencia del culto satánico en las agru-

paciones rurales alejadas, se halla comprobada desde los más antiguos tiempos cristianos, con el doble origen y significación de protesta irreductible de los antiguos cultos locales y aun de toda una organización social, contra la religión y organización social nuevas, y de expansión libertina de los instintos de la carne, sobre todo el instinto sexual, en tradicionales y quizá no interrumpidas fiestas eróticas como las que Havelock Ellis ha catalogado, recogiéndolas de ambos hemisferios, de los pueblos bárbaros antiguos y de los salvajes actuales, en su estudio sobre la periodicidad sexual. Es la orgía de los sexos, tan loca y desenfrenada en nuestra especie, que repugna á un Satán más evolucionado que el macho cabrío taciturno de Zugarramurdi. En la clásica noche de Valpurgis, Mefistófeles se disgusta ante el espectáculo de tanta desnudez revuelta y enlazada, y se pone á razonar como Mr. Berenger. Desde los primeros siglos, la Iglesia comenzó á censurar estas fiestas como práctica ceremonial maldita y reprehensible; y entonces, bajo la acción de sus censuras, la idea satanista surgió en la que hasta entonces fué sencilla fiesta erótica entre criaturas humanas.

Las mayores gozadoras de muchas generaciones, naturalezas lascivas, torpes ó refinadas, á partir de un principio fundamental inevitable—si es pecado el instinto, tan sólo Satanás puede saciarle—idearon la cópula con Satán, tal como la más loca concupiscencia puede desearla. Asom-